Decamerón. Giovanni Boccaccio. Ilustrado por Renata Schussheim

estaba, apoyándoselo en el regazo, casi llorando dijo:
–Oh, dulce señor mío, ¿qué te pasa?
Gabriotto no respondió sino que jadeando fuertemente y sudando todo, luego de no mucho tiempo, pasó de la presente vida.
Cuán duro y doloroso fue esto para la joven, que más que a sí misma lo amaba, cada una debe imaginarlo. Ella lo lloró mucho, y muchas veces lo llamó en vano, pero luego de que se apercibió de que estaba verdaderamente muerto, habiéndolo tocado por todas las partes del cuerpo y en todas encontrándolo frío, no sabiendo qué hacerse ni qué decir, lacrimosa como estaba y llena de angustia, se fue a llamar a su nodriza, que de este amor era cómplice, y su miseria y su dolor le mostró. Y luego de que míseramente juntas un tanto hubieron llorado sobre el muerto rostro de Gabriotto, dijo la joven a la nodriza:
–Puesto que Dios me lo ha quitado, no entiendo seguir yo con vida, pero antes de que llegue a matarme, querría que buscásemos una manera conveniente de proteger mi honor y el secreto amor que ha habido entre nosotros y que el cuerpo del cual la graciosísima alma ha partido fuese sepultado. A lo que la nodriza dijo:
–Hija mía, no hables de querer matarte, porque si lo has perdido, matándote también lo perderías en el otro mundo porque irías al infierno, donde estoy cierta que su alma no ha ido porque bueno fue; pero mucho mejor es que te consueles y pienses en ayudar con oraciones o con otras buenas obras a su alma, por si por algún pecado cometido tiene necesidad de ello. Sepultarlo es muy fácil hacerlo en este jardín, lo que nadie sabrá nunca porque nadie sabe que nunca él haya venido aquí, y si no lo quieres así, pongámoslo fuera del jardín y dejémoslo: mañana por la mañana lo encontrarán y llevándolo a su casa será sepultado por sus parientes.
La joven, aunque estuviese llena de amargura y continuamente llorase, escuchaba sin embargo los consejos de su nodriza, y no estando de acuerdo en la primera parte, repuso a la segunda, diciendo:
–No quiera Dios que un joven tan valioso y tan amado por mí y marido mío sufra que sea sepultado a guisa de un perro o dejado en tierra en la calle. Ha recibido mis lágrimas y, como yo pueda, recibirá las de sus parientes, y ya me viene al ánimo lo que tenemos que hacer.
Y prestamente por una pieza de paño de seda que tenía en su arca la mandó; y traída aquélla y extendiéndola en tierra, encima pusieron el cuerpo de Gabriotto, y poniéndole la cabeza sobre una almohada y cerrándole con muchas lágrimas los ojos y la boca, y haciéndole una guirnalda de rosas y poniéndole alrededor las rosas que habían cogido juntos, dijo a la nodriza:
–De aquí a la puerta de su casa hay poco camino, y por ello tú y yo, así como lo hemos arreglado, lo llevaremos de aquí y lo pondremos delante de su casa. No tardará mucho tiempo en hacerse de día y lo recogerán, y aunque para los suyos no sea esto ningún consuelo, para mí, en cuyos brazos ha muerto, será un placer.
Y dicho esto, de nuevo con abundantísimas lágrimas se le inclinó sobre el rostro y largo espacio estuvo llorando, la cual, muy requerida por la cria-

da, porque venía el día, irguiéndose, el mismo anillo con el que se había desposado con Gabriotto quitándose del dedo, se lo puso en el dedo a él, diciendo entre llanto:

–Caro señor mío, si tu alma ve mis lágrimas y algún conocimiento o sentimiento después de su partida queda en los cuerpos, recibe benignamente el último don de ésta a quien viviendo amaste tanto.

Y dicho esto, desvanecida, cayó encima de él, y luego de algún tiempo volviendo en sí y poniéndose en pie, junto con la criada cogiendo el paño sobre el que yacía el cuerpo, con él salieron del jardín y hacia la casa de él se enderezaron.

Y yendo así, sucedió por casualidad que por los guardias del podestá, que por azar iban a aquella hora a algún asunto, fueron encontradas y prendidas con el cuerpo muerto. La Andreuola, más deseosa de morir que de vivir, reconocidos los guardas de la Señoría, francamente dijo:

–Sé quiénes sois y que querer huir de nada me serviría; estoy dispuesta a ir con vos ante la Señoría, y lo que sea contar; pero ninguno se atreva a tocarme, si os obedezco, ni a quitar nada de lo que lleva este cuerpo si no quiere que yo le acuse.

Por lo que, sin que ninguno la tocase, con el cuerpo de Gabriotto se fue a palacio; lo cual oyendo el podestá, se levantó, y haciéndola venir a la alcoba, de lo que había sucedido se informó, y habiendo hecho mirar por algunos médicos si con veneno o de otra manera había sido muerto el buen hombre, todos afirmaron que no sino que algún acceso cercano al corazón se le había roto que lo había ahogado. Y él, oído esto y que aquélla en poca cosa era culpable, se ingenió en parecer que le daba lo que no podía venderle, y dijo que si ella su voluntad hiciese, la liberaría. Pero no sirviéndole las palabras, quiso contra toda conveniencia usar la fuerza; pero Andreuola, encendida en desdén y sintiéndose fortísima, virilmente se defendió, rechazándolo con injuriosas y altivas palabras. Pero llegado el día claro y siéndole contadas estas cosas a micer Negro, mortalmente dolido se fue con muchos de sus amigos a palacio y allí, informado de todo por el podestá, pidió que le devolviesen a su hija. El podestá, queriendo primero acusarse de la fuerza que le había querido hacer que ser acusado por ella, alabando primero a la joven y su constancia, por probarla vino a decir que era lo que había hecho; por la cual cosa, viéndola de tanta firmeza, sumo amor había puesto en ella y si a él le agradaba, que su padre era, y a ella, no obstante haber tenido marido de baja condición, de buen grado como mujer la tomaría. En este tiempo que así éstos hablaban, Andreuola vino ante su padre y llorando se le arrojó a los pies y dijo:

–Padre mío, no creo que sea necesario que la historia de mi atrevimiento y de mi desgracia os cuente, que estoy cierta de que ya la habéis oído y lo sabéis; y por ello cuanto más puedo humildemente perdón os pido de mi falta, esto es, de haber, sin vos saberlo, a quien más me placía tomado por marido; y este perdón no os lo pido para que me sea perdonada la vida sino para morir como hija vuestra y no como vuestra enemiga.

Y así, llorando, cayó a sus pies.

Micer Negro, que viejo era ya y hombre benigno y amoroso por naturaleza, al oír estas palabras empezó a llorar, y llorando alzó a su hija tiernamente en pie, y dijo:

–Hija mía, mucho me hubiera gustado que hubieses tenido tal marido como según mi parecer te convenía; y si lo hubieras tomado tal como a ti te agradase debía también gustarme; pero el haberlo ocultado me hace dolerme de tu poca confianza, y más aún, viéndote que lo has perdido antes de haberlo sabido yo. Pero puesto que es así, lo que por contentarte, viviendo él, habría hecho con gusto, esto es, honrarle como a mi yerno hágasele a su muerte.

Y volviéndose a sus hijos y a sus parientes les ordeno que preparasen para Gabriotto exequias grandes y honorables. Habían entretanto acudido los padres y los parientes del joven, que se habían enterado de la noticia, y casi tantas mujeres y tantos hombres como en la ciudad había; por lo que, puesto en medio del patio el cuerpo sobre el paño de Andreuola y con todas sus rosas, allí no tan sólo por ella y por sus parientes fue llorado, sino públicamente casi por todas las mujeres de la ciudad y por muchos hombres, y no a guisa de plebeyo sino de señor sacado de la plaza pública a hombros de los más nobles ciudadanos, con grandísimo honor fue llevado a la sepultura. Y de allí a algunos días, insistiendo el podestá en lo que pedido había, exponiéndose micer Negro a su hija, ésta nada de ello quiso oír; pero queriendo en algo complacer a su padre, en un monasterio muy famoso por su santidad, ella y su nodriza monjas se hicieron, y honradamente luego en él vivieron mucho tiempo.



NOVELA SEPTIMA

La salvia mortal

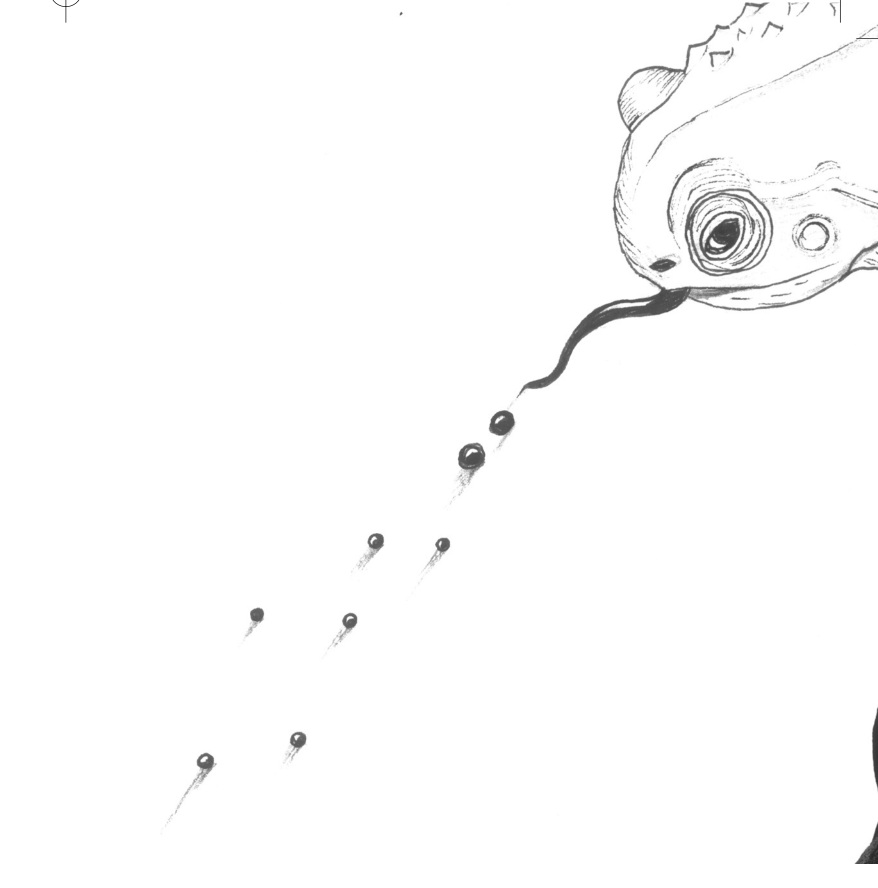
Simona ama a Pasquino; están juntos en un huerto; Pasquino se frota los dientes con una hoja de salvia y se muere; Simona es apresada, la cual, queriendo mostrar al juez cómo murió Pasquino, frotándose con una de aquellas hojas los dientes, muere del mismo modo.

Pánfilo se había desembarazado de su historia cuando el rey, no mostrando ninguna compasión por Andreuola, mirando a Emilia, le hizo un gesto significándole que le agradaría que siguiese con la narración a quienes ya habían hablado; la cual, sin ninguna demora, comenzó:

–Caras compañeras, la historia contada por Pánfilo me induce a contar una en ninguna otra cosa semejante a la suya sino en que, así como Andreuola perdió el amante en el jardín, igual sucedió a aquella de quien debo hablar; y del mismo modo presa, como lo fue Andreuola, no por fuerza ni por virtud sino por inesperada muerte se libró de la justicia. Y como ya se ha dicho más veces entre nosotras, aunque Amor de buen grado habite en las casas de los nobles, no por ello rehúsa el señorío sobre las de los pobres y también en ellas muestra alguna vez sus fuerzas de tal manera que como poderosísimo señor se hace temer de los más ricos. Lo que aunque no en todo, en gran parte aparecerá en mi historia, con la que me place volver a nuestra ciudad, de la que hoy, contando diversas cosas diversamente, vagando por diversas partes del mundo, tanto nos hemos alejado.

Hubo, pues, no hace todavía mucho tiempo, en Florencia, una joven muy hermosa y gallarda para su condición, e hija de padre pobre, que se llamaba Simona; y aunque tuviera que ganarse con sus manos el pan que quería comer, y para subsistir hilase lana, no fue ello de tan pobre ánimo que no osase recibir a Amor en su mente, el cual con los actos y las palabras amables de un mozo de no más fuste que ella, que andaba dando lana a hilar para su maestro lanero, hacía tiempo que había mostrado querer entrar. Acogiéndolo, pues, en ella bajo el placentero aspecto del joven que la amaba, cuyo nombre era Pasquino, deseándolo mucho y no atreviéndose a nada más, hilando, a cada vuelta de lana hilada que enroscaba al huso arrojaba mil suspiros más calientes que el fuego al acordarse de aquel que para hilarla se la había dado.

Él, por otra parte, muy solícito habiéndose vuelto de que se hilase bien la lana de su maestro, como si sólo la que Simona hilaba, y no ninguna otra, debiese bastar a toda la tela, más frecuentemente que la otras las solicitaba. Por lo que, solicitando uno y la otra gozando al ser solicitada, sucedió que, cobrando el uno más osadía de la que solía tener y desechando la otra mucho del miedo y de la vergüenza que acostumbraba a tener, juntos se unieron en mutuos placeres, los cuales a una parte y a la otra agradaron tanto que no esperaba el uno a ser solicitado por el otro para ello, sino que uno invitaba al otro para disfrutarlos. Y continuando así su placer de un día en otro, y siempre, al continuar, más inflamándose, sucedió que Pasquino dijo a Simona que firmemente quería que encontrase el modo de poder venir a un jardín adonde él quería llevarla, para que allí más a sus anchas y con menos temor pudiesen estar juntos. Simona dijo que le

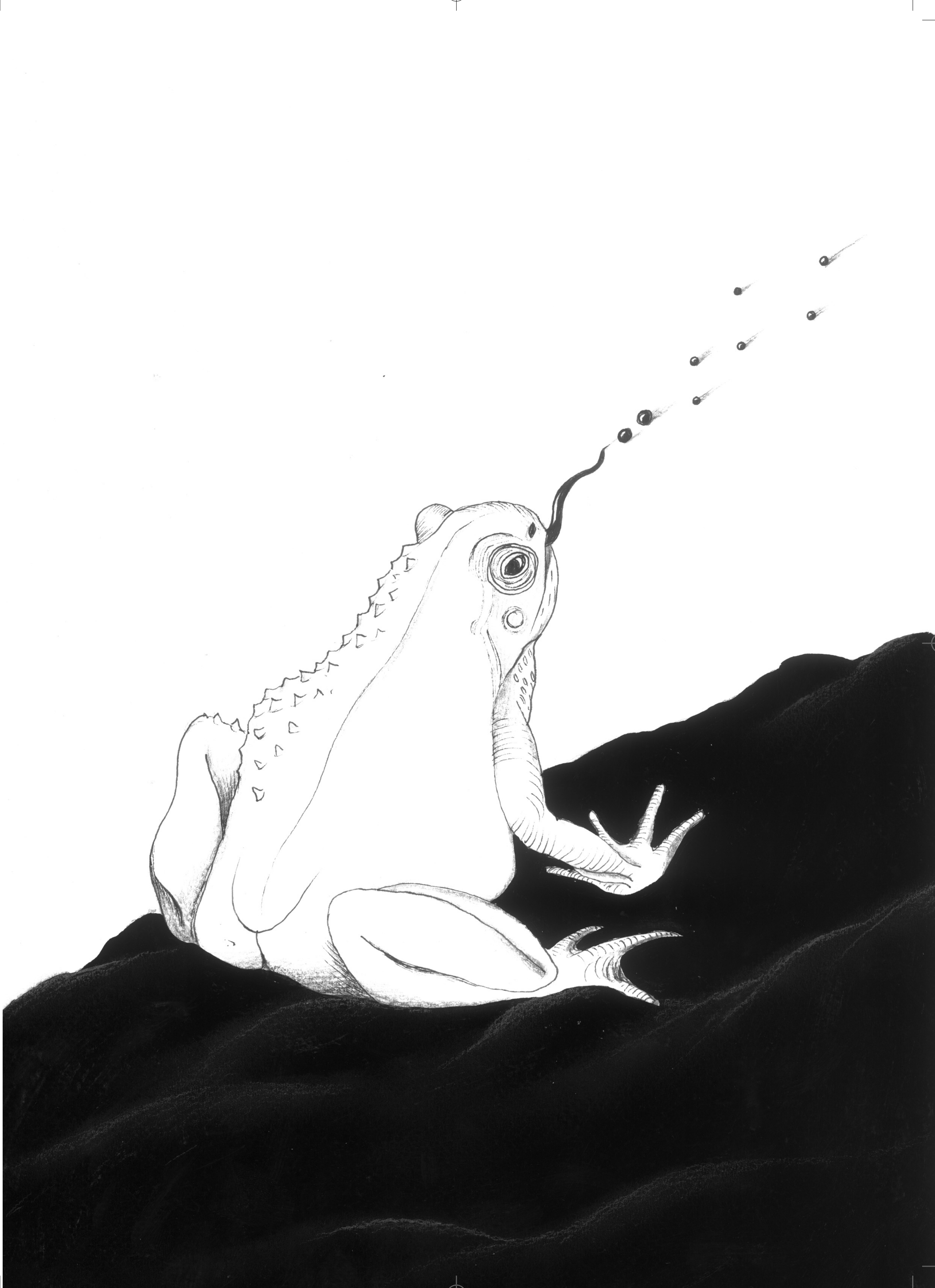


placía, y dando a entender a su padre, un domingo después de comer, que quería ir a la bendición de San Galo con una compañera suya llamada Lagina, al jardín que le había mostrado Pasquino se fue, donde, junto con un compañero suyo que Puccino tenía por nombre, pero que era llamado el Tuerto, lo encontró, y allí, iniciándose un amorío entre el Tuerto y Lagina, ellos se retiraron a una parte del jardín a gustar de sus placeres y al Tuerto y a Lagina dejaron en otra. Había en aquella parte del jardín donde Pasquino y Simona habían ido, una grandísima y hermosa mata de salvia; a cuyo pie se sentaron y un buen rato se solazaron juntos, y habiendo hablado mucho de una merienda que en aquel huerto, con ánimo reposado, querían hacer, Pasquino, volviéndose a la gran mata de salvia, cogió algunas hojas de ella y empezó a frotarse con ellas los dientes y las encías, diciendo que la salvia los limpiaba muy bien de cualquier cosa que hubiera quedado en ellos después de haber comido. Y luego de que, así, un poco los hubo frotado volvió a la conversación de la merienda de la que estaba hablando primero; y no había proseguido hablando casi nada cuando empezó a demudársele todo el rostro y luego de demudársele no pasó sin que perdiese la vista y la palabra y en breve se murió. Las cuales cosas viendo Simona empezó a llorar y a gritar y a llamar al Tuerto y a Lagina, los cuales prestamente corriendo allí y viendo a Pasquino no solamente muerto, sino ya todo hinchado y lleno de manchas oscuras por el rostro y por el cuerpo, súbitamente gritó el Tuerto:

–¡Ay, mujer malvada, lo has envenenado tú!

Y habiendo hecho un gran alboroto, fue oído por muchos que vivían cerca del jardín; los cuales, corrido el rumor y encontrándole muerto e hinchado, y oyendo dolerse al Tuerto y acusar a Simona de haberlo envenenado con engaños, y a ella, por el dolor del súbito accidente que le había arrebatado a su amante, casi fuera de sí, no sabiendo excusarse, fue reputado por todos que había sido como el Tuerto decía; por la cual cosa, apresándola, llorando siempre ella mucho, fue llevada al palacio del podestá. E insistiendo allí el Tuerto, y el Rechoncho y el Desmañado, compañeros de Pasquino que habían llegado, un juez sin dilatar el asunto se puso a interrogarla sobre el hecho y, no pudiendo comprender ella en qué podía haber obrado maliciosamente o ser culpable, quiso, estando él presente, ver el cuerpo muerto y decirle el lugar y el modo porque por las palabras suyas no lo comprendía bastante bien. Haciéndola, pues, sin ningún tumulto, llevar allí donde todavía yacía el cuerpo de Pasquino, le preguntó que cómo había sido. Ella, acercándose a la mata de salvia y habiendo contado toda la historia precedente para darle completamente a entender lo sucedido, hizo lo que Pasquino había hecho, frotándose contra los dientes una de aquellas hojas de salvia. Las cuales cosas, mientras que por el Tuerto y por el Rechoncho y por los

otros amigos y compañeros de Pasquino, como frívolas y vanas en la presencia del juez eran rechazadas, y con más insistencia acusada su maldad, no pidiendo sino que el fuego fuese de semejante maldad castigo, la pobrecilla, que por el dolor del perdido amante y por el miedo de la pena pedida por el Tuerto estaba encogida, por haberse frotado la salvia en los dientes, sufrió aquel mismo accidente que antes había sufrido Pasquino, no sin gran maravilla de cuantos estaban presentes.
¡Oh, almas felices, a quienes un mismo día sucedió el ardiente amor y la mortal vida acabar; y más felices si juntas a un mismo lugar os fuisteis; y felicísimas si en la otra vida se ama, y os amáis como lo hicisteis en ésta! Pero mucho más feliz el alma de Simona en gran medida, por lo que respecta al juicio de quienes, vivos, tras de ella hemos quedado, cuya inocencia la fortuna no sufrió que cayese bajo los testimonios del Tuerto y del Rechoncho y del Desmañado (tal vez cardadores u hombres más villanos) abriéndole más honesto camino con la misma clase de muerte de su amante, para deshacerse de su calumnia y seguir al alma de su Pasquino, tan amada por ella.
El juez, todo estupefacto por el accidente junto con cuantos allí estaban, no sabiendo qué decirse, largamente calló; luego, con mejor juicio, dijo:
–Parece que esta salvia es venenosa, lo que no suele suceder con la salvia. Pero para que a alguien más no pueda ofender de modo semejante, córtese hasta las raíces y arrójese al fuego.
La cual cosa, el que era guardián del jardín haciéndola en presencia del juez, no acababa de abatir la gran mata cuando apareció la razón de la muerte de los dos míseros amantes. Había bajo la mata de aquella salvia un sapo de maravilloso tamaño, de cuyo venenoso aliento pensaron que la salvia se había envenenado. Al cual sapo, no atreviéndose nadie a acercarse, poniéndole alrededor una pila grandísima de leña, allí junto con la salvia lo quemaron, y se terminó el proceso del señor juez por la muerte del pobrecillo Pasquino. El cual, junto con su Simona, tan hinchados como estaban, por el Tuerto y el Rechoncho y el Hocico Puerco y el Desmañado fueron sepultados en la iglesia de San Paolo, de donde probablemente eran feligreses.



NOVELA OCTAVA

El amor y la muerte

Girólamo ama a Salvestra; empujado por los ruegos de su madre va a París, vuelve y la encuentra casada; entra a escondidas en su casa y se queda muerto a su lado, y llevado a una iglesia, Salvestra muere a su lado.

Había acabado la historia de Emilia cuando, por orden del rey, Neifile comenzó así: Algunos, a mi juicio hay, valerosas señoras, que más que la otra gente creen saber, y menos saben; y por esto no solamente a los consejos de los hombres sino también contra la naturaleza de las cosas pretenden oponer su juicio; de la cual presunción han sobrevenido ya grandísimos males y nunca se vio venir ningún bien. Y porque entre las demás cosas naturales es el amor la que menos admite el consejo o la acción que le sean contrarios, y cuya naturaleza es tal que antes puede consumirse por sí mismo que ser arrancado por ningún consejo, me ha venido al ánimo narraros una historia de una señora que, queriendo ser más sabia de lo que debía y no lo era (y también porque no lo soportaba la cosa en que se esforzaba por manifestar su buen juicio) creyendo del enamorado corazón arrancar el amor que tal vez allí habían puesto las estrellas, llegó a arrancarle en un mismo punto el amor y el alma del cuerpo a su hijo.
Hubo, pues, en nuestra ciudad, según los ancianos cuentan, un grandísimo mercader y rico cuyo nombre fue Leonardo Sighieri, que de su mujer tuvo un hijo llamado Girólamo, después de cuyo nacimiento, arreglados ordenadamente sus asuntos, dejó esta vida. Los tutores del niño, junto con la madre, bien y lealmente administraron sus bienes.
El niño, creciendo con los niños de sus otros vecinos, más que con ningún otro del barrio con una niña de su edad, hija de un sastre, se familiarizó; y creciendo los años, el trato se convirtió en amor tan grande y fiero que Girólamo no estaba bien si no veía cuanto veía ella; y ciertamente no la amaba menos que era amado por ella.
La madre del muchacho, percatándose de ello, muchas veces se lo reprochó y lo castigó; y luego que a sus tutores (no pudiendo Girólamo contenerse) se quejó y como quien se creía que por la gran riqueza del hijo podía pedir peras al olmo, les dijo:
–Este muchacho nuestro, que todavía no tiene catorce años, está tan enamorado de una hija de un sastre vecino, que se llama Salvestra, que, si no se la quitamos de delante, probablemente la tomará un día por mujer sin que nadie lo sepa, y yo nunca estaré contenta; o se consumirá por ella si la ve casarse con otro; y por ello me parece que para evitar esto lo debíais mandar a alguna parte lejana de aquí, al cuidado de los negocios para que, dejando de ver a ésta, se le salga del ánimo y se le podrá luego dar por mujer alguna joven bien nacida.
Los tutores dijeron que la señora decía bien y que harían aquello que pudiesen, y haciendo llamar al muchacho al almacén, comenzó a decirle uno, muy amorosamente:
–Hijo mío, ya eres grande; bueno será que comiences tú mismo a velar por tus negocios, por lo que

nos contentaría mucho que fueses a estar algún tiempo en París, donde verás cómo se trafica con gran parte de tu riqueza; sin contar con que te harás mucho mejor y más cortés y de más valor allí que aquí lo harías, viendo a aquellos señores y a aquellos barones y a aquellos gentileshombres (que allí hay tantos) y aprendiendo sus costumbres; luego podrás venir aquí.

El muchacho escuchó diligentemente y en breve respondió que no quería hacerlo porque pensaba que lo mismo que los demás, podía quedarse en Florencia. Los honrados hombres, al oírle esto, le insistieron con más palabras; pero no pudiendo sacarle otra respuesta, a su madre se lo dijeron. La cual, bravamente enojada, no por no querer irse a París, sino por su enamoramiento, le dijo graves insultos; y luego, con dulces palabras ablandándolo, empezó a halagarlo y a rogarle tiernamente que hiciese aquello que querían sus tutores; y tanto supo decirle que él consintió en irse a estar allí un año y no más; y así se hizo. Yéndose, pues, Girólamo a París vehementemente enamorado, diciéndole hoy no, mañana te irás, allí lo tuvieron dos años; y más enamorado que nunca volviendo encontró a su Salvestra casada con un buen joven que hacía tiendas, de lo que desmesuradamente se entristeció. Pero viendo que de otra manera no podía ser, se esforzó en tranquilizarse; y espiando cuándo estuviese en casa, según la costumbre de los jóvenes enamorados, empezó a pasar delante de ella, creyendo que no lo había olvidado sino como él había hecho con ella. Pero el asunto estaba de otra guisa: ella se acordaba de él como si nunca lo hubiera visto, y si por acaso algo se acordaba, mostraba lo contrario. De lo que el joven se apercibió en muy poco espacio de tiempo y no sin grandísimo dolor; pero no por ello dejaba de hacer todo lo que podía por volver a entrar en su pecho; pero como nada parecía conseguir, se dispuso, aunque fuese su muerte, a hablarle él mismo. E informándose por algún vecino sobre cómo su casa estaba dispuesta, una tarde que habían ido de vela ella y el marido a casa de sus vecinos, ocultamente entró dentro en su alcoba, detrás de las lonas de las tiendas que estaban tejidas allí, se escondió; y tanto esperó, que, vueltos ellos y acostados, sintió a su marido dormido, y allá se fue adonde había visto acostada a Salvestra; y poniéndole una mano en el pecho, simplemente dijo:

–¡Oh, alma mía! ¿Duermes ya? –La joven, que no dormía, quiso gritar pero el joven prontamente dijo–: Por Dios, no grites, que soy tu Girólamo.

Al que oyendo ella toda temblorosa dijo:

–¡Ah, por Dios, Girólamo, vete!; ha pasado aquel tiempo en que éramos muchachos y no era contra el decoro estar enamorados; estoy, como ves casada, por lo que ya no me está bien escuchar a otro hombre que a mi marido; por lo que te ruego por

Dios que te vayas, que si mi marido te oyese aunque otro mal no se siguiera, se seguiría que ya no podría vivir nunca con él en paz ni en reposo, mientras que ahora, amada por él, en paz y en tranquilidad con él vivo.

El joven, al oír estas palabras, sintió un terrible dolor, y recordándole el tiempo pasado y su amor nunca por la distancia disminuido, y mezclando muchos ruegos y promesas grandísimas, nada obtuvo; por lo que, deseoso de morir, por último le pidió que en recompensa de tanto amor, sufriese que se acostase a su lado hasta que pudiera calentarse un poco, que se había quedado helado esperándola, prometiéndole que ni le diría nada ni la tocaría, y que en cuanto se hubiera calentado un poco se iría.

Salvestra, teniendo un poco de compasión de él, se lo concedió con las condiciones que él había puesto. Se acostó, pues, el joven junto a ella sin tocarla; y recordando en un solo pensamiento el largo amor que le había tenido y su presente dureza y la perdida esperanza, se dispuso a no vivir más y retrayendo en sí los espíritus, sin decir palabra, cerrados los puños junto a ella se quedó muerto. Y luego de algún rato, la joven, maravillándose de su quietud, temiendo que el marido se despertase, comenzó a decir:

–¡Ah, Girólamo! ¿No te vas?

Pero no sintiéndose responder, pensó que se habría quedado dormido; por lo que, extendiendo la mano, empezó a menearlo para que se despertase, y al tocarlo lo encontró frío como el hielo, de lo que se maravilló mucho; y meneándolo con más fuerza y sintiendo que no se movía, luego de tocarlo otra vez conoció que había muerto; por lo que sobremanera angustiada estuvo mucho tiempo sin saber qué hacerse. Al fin, decidió, fingiendo que se trataba de otra persona, ver qué decía su marido que debía hacerse; y despertándolo, lo que acababa de sucederle a ella le dijo que le había sucedido a otra, y luego le preguntó que si le sucediese a él, ella qué tendría que hacer. El buen hombre respondió que le parecía que a aquel que había muerto se le debía calladamente llevar a su casa y dejarlo allí, sin enfurecerse contra la mujer, que no le parecía que hubiese cometido ninguna falta.

Entonces la joven dijo:

–Pues eso tenemos que hacer nosotros.

Y cogiéndole de la mano, le hizo tocar al muerto joven, con lo que él, todo espantado, se puso en pie y, encendiendo una luz, sin entrar con su mujer en otras historias, vestido el cuerpo muerto con sus mismas manos y sin ninguna tardanza, ayudándole su inocencia, echándoselo a las espaldas, a la puerta de su casa lo llevó, y allí lo puso y lo dejó.

Y venido el día y encontrado aquél delante de su puerta muerto, fue hecho un gran alboroto y, especialmente por su madre; y examinado por todas partes y mirado, y no encontrándosele ni herida ni golpe, fue generalmente creído por los médicos que había muerto de dolor, como había sido. Fue, pues, este cuerpo llevado a una iglesia; y allí vino la dolorida madre con muchas otras señoras parientes y vecinas, y sobre él comenzaron a llorar a lágrima viva, y a lamentarse, según nuestras costumbres. Y mientras se hacía un grandísimo duelo, el buen hombre en cuya casa había muerto, dijo a Salvestra:

–Anda, échate algún manto a la cabeza y ve a la iglesia donde ha sido llevado Girólamo y métete entre las mujeres; y escucha lo que se hable sobre este asunto, y yo haré lo mismo entre los hombres, para enterarnos de si se dice algo contra nosotros.

A la joven, que tarde se había hecho piadosa, le plugo, como a quien deseaba ver muerto a quien de vivo no había querido complacer con un solo

beso; y allá se fue. ¡Maravillosa cosa es de pensar cuán difícil es descubrir las fuerzas de Amor! Aquel corazón, que la feliz fortuna de Girólamo no había podido abrir lo abrió su desgracia, y resucitando las antiguas llamas todas, súbitamente lo movió a tanta piedad el ver el muerto rostro, que, oculta bajo su manto, abriéndose paso entre las mujeres, no paró hasta llegar al cadáver; y allí, lanzando un fortísimo grito, sobre el muerto joven se arrojó de bruces, y no lo bañó con muchas lágrimas porque, antes de tocarle, el dolor, como al joven le había quitado la vida, a ella se la quitó. Luego, consolándola las mujeres y diciéndole que se levantase, no conociéndola todavía, y como ella no se levantaba, queriendo levantarla, y encontrándola inmóvil, pero levantándola, sin embargo, en un mismo punto conocieron que era Salvestra y estaba muerta. Por lo que todas las mujeres que allí estaban, vencidas de doble compasión, comenzaron un llanto mucho mayor. La noticia se esparció fuera de la iglesia, entre los hombres, y llegando a los oídos de su marido que entre ellos estaba, sin atender consuelo o alivio de nadie, largo espacio lloró, y contando luego a muchos que allí había lo que aquella noche había sucedido entre aquel hombre y aquella mujer abiertamente todos supieron la razón de la muerte de cada uno, lo que dolió a todos.

Tomando, pues, a la muerta joven, y adornándola también como se adorna a los cuerpos muertos, sobre aquel mismo lecho junto al joven la pusieron yacente, y llorándola allí largamente, en una misma sepultura fueron enterrados los dos; y a ellos, a quienes Amor no había podido unir vivos, la muerte unió en inseparable compañía.



NOVELA NOVENA

La venganza

Micer Guiglielmo de Rosellón da a comer a su mujer el corazón de micer Guiglielmo Guardastagno, muerto por él y amado por ella; lo que sabiéndolo ella después, se arroja de una alta ventana y muere, y con su amante es sepultada.

Habiendo terminado la historia de Neifile no sin haber hecho sentir gran compasión a todas sus compañeras, el rey, que no entendía abolir el privilegio de Dioneo, no quedando nadie más por narrar, comenzó:

–Se me ha puesto delante, compasivas señoras, una historia con la cual, puesto que así os conmueven los infortunados casos de amor, os convendrá sentir no menos compasión que con la pasada, porque más altos fueron aquellos a quienes sucedió lo que voy a contar y con un accidente más atroz que los que aquí se han contado.

Debéis, pues, saber que, según cuentan los provenzales, en Provenza hubo hace tiempo dos nobles caballeros, de los que cada uno castillos y vasallos tenía, y tenía uno por nombre micer Guiglielmo de Rosellón y el otro micer Guiglielmo Guardastagno; y porque el uno y el otro eran muy de pro con las armas, mucho se amaban y tenían por costumbre ir siempre a todo torneo o justas u otro hecho de armas juntos y llevando una misma divisa.

Y aunque cada uno vivía en un castillo suyo y estaban uno del otro lejos más de diez millas, sucedió sin embargo que, teniendo micer Guiglielmo de Rosellón una hermosísima y atrayente señora por mujer, micer Guiglielmo Guardastagno, fuera de toda medida y no obstante la amistad y la compañía que había entre ellos, se enamoró de ella; y tanto, ora con un acto ora con otro hizo que la señora se apercibió; y sabiéndolo valerosísimo caballero, le agradó, y comenzó a amarle hasta tal punto que nada deseaba o amaba más que a él, y no esperaba sino ser requerida por él; lo que no pasó mucho tiempo sin que sucediese, y juntos estuvieron una vez y otra, amándose mucho. Y obrando menos discretamente juntos, sucedió que el marido se apercibió de ello y fieramente se enfureció, hasta el punto que el gran amor que a Guardastagno tenía se convirtió en mortal odio, pero mejor lo supo tener oculto que los dos amantes habían podido tener su amor; y deliberó firmemente matarlo. Por lo cual, estando el de Rosellón en esta disposición, sucedió que se pregonó en Francia un gran torneo; lo que el de Rosellón incontinenti hizo decir a Guardastagno, y le mandó decir que si le placía, viniera a donde él y juntos deliberarían si iban a ir y cómo.

Guardastagno, contentísimo, respondió que al día siguiente sin falta iría a cenar con él. Rosellón, oyendo aquello, pensó que había llegado el momento de poder matarlo, y armándose, al día siguiente, con algún hombre suyo, montó a caballo, y a cerca de una milla de su castillo se puso en acecho en un bosque por donde debía pasar Guardastagno; y habiéndolo esperado un buen espacio, lo vio venir desarmado con dos hombres suyos junto a él, desarmados como él, que nada desconfiaba; y cuando le vio llegar a aquella parte donde quería, cruel y lleno de rencor, con una lanza en la mano, le salió al paso gritando:

–¡Traidor, eres muerto!

Y decir esto y darle con aquella lanza en el pecho fue una sola cosa; Guardastagno, sin poder nada en su defensa ni decir una palabra, atravesado por aquella lanza, cayó en tierra y poco después murió. Sus hombres, sin haber conocido a quien lo había hecho, vueltas las cabezas a los caballos, lo más que pudieron huyeron hacia el castillo de su señor.

Rosellón, desmontando, con un cuchillo abrió el



pecho de Guardastagno y con sus manos le sacó el corazón, y haciéndolo envolver en el pendón de una lanza, mandó a uno de sus vasallos que lo llevase; y habiendo ordenado a todos que nadie fuera tan osado que dijese una palabra de aquello, montó de nuevo a caballo y, siendo ya de noche, volvió a su castillo. La señora, que había oído que Guardastagno debía ir a cenar por la noche, y con grandísimo deseo lo esperaba, no viéndolo venir, se maravilló mucho y dijo al marido:
–¿Y cómo es esto, señor, que Guardastagno no ha venido?
A lo que el marido repuso:
–Señora, he sabido de su parte que no puede llegar aquí sino mañana.
De lo que la señora quedó un tanto enojada.
Rosellón, desmontando, hizo llamar al cocinero y le dijo:
–Coge aquel corazón de jabalí y prepara el mejor alimento y más deleitoso de comer que sepas; y cuando esté a la mesa, mándamelo en una escudilla de plata.
El cocinero, cogiéndolo y poniendo en ello todo su arte y toda su solicitud, desmenuzándolo y poniéndole muchas buenas especias, hizo con él un manjar exquisito. Micer Guiglielmo, cuando fue hora, con su mujer se sentó a la mesa. Vino la comida, pero él, por la maldad cometida impedido su pensamiento, poco comió. El cocinero le mandó el manjar, que hizo poner delante de la señora, mostrándose él aquella noche desganado, y lo alabó mucho. La señora, que desganada no estaba, comenzó a comerlo y le pareció bueno, por lo que lo comió todo. Cuando el caballero hubo visto que la señora lo había comido todo, dijo:
–Señora, ¿qué tal os ha parecido esa comida?
La señora repuso:
–Monseñor, a fe que me ha placido mucho.
–Así me ayude Dios como lo creo –dijo el caballero– y no me maravillo si muerto os ha gustado lo que vivo os gustó más que cosa alguna.
La señora, esto oído, un poco se quedó callada; luego dijo:
–¿Cómo? ¿Qué es lo que me habéis dado a comer?
El caballero repuso:
–Lo que habéis comido ha sido verdaderamente el corazón de micer Guiglielmo Guardastagno, a quien como mujer desleal tanto amabais; y estad cierta de que ha sido eso porque yo con estas manos se lo he arrancado del pecho.
La señora, oyendo esto de aquél a quien más que a ninguna cosa amaba, si sintió dolor no hay que preguntarlo, y luego de un poco dijo:
–Habéis hecho lo que cumple a un caballero desleal y malvado; que si yo, no forzándome él, le había hecho señor de mi amor y a vos ultrajado con esto, no él sino yo era quien debía sufrir el castigo. Pero no plazca a Dios que sobre una comida tan noble como ha sido la del corazón de un tan valeroso y cortés caballero como micer Guiglielmo Guardastagno fue, nunca caiga otra comida.
Y poniéndose en pie, por una ventana que detrás de ella estaba, sin dudarlo un momento, se arrojó. La ventana estaba muy alta; por lo que al caer la señora no solamente se mató, sino que se hizo pedazos. Micer Guiglielmo, viendo esto, mucho se turbó, y le pareció haber hecho mal; y temiendo a los campesinos y al conde de Provenza, haciendo ensillar los caballos, se fue de allí. A la mañana siguiente fue sabido por toda la comarca cómo había sucedido aquello: por lo que, por los del castillo de micer Guiglielmo Guardastagno y por los del castillo de la señora, con grandísimo dolor y llanto fueron los dos cuerpos recogidos y en la iglesia del mismo castillo de la señora puestos en una misma sepultura, y sobre ella escritos versos diciendo quiénes eran los que dentro estaban sepultados, y el modo y la razón de su muerte.